

A mediados de los años 50 del siglo pasado, un truculento suceso protagonizado por una familia de la aristocracia valenciana lograba una escandalosa notoriedad a través de las páginas de *El Caso*, el popular periódico de crónica negra de la época. El cadáver de una mujer (Margot Shelly) había sido profanado: enucleados los ojos, seccionada la lengua y amputada la mano derecha, que apareció en el interior de una lechera. La madre de la fallecida fue inculpada de estos hechos tras la denuncia presentada por uno de sus hijos (Luis Shelly) al que ella a su vez acusó del mismo delito. Todo ello dio origen a un enrevesado proceso judicial que mantuvo al país en vilo hasta su resolución por el Alto Tribunal diez años después. La expectación procedía, sin duda, del trasfondo de tragedia griega carpetovetonizada de esta historia de locura y muerte desencadenada por el dolor de una madre, y acompañada por un peculiar elenco de coreutas: un vástago «comisionista», «profesional de la delincuencia» según el abogado de la madre; un compañero sentimental que había abandonado a su mujer y a sus hijos «por haber caído profundamente enamorado de ella», abogado catalán de amplia cultura; jueces y psiquiatras pugnando por una verdad que restituyese la confianza en dos de los pilares

del orden social nacionalcatólico, una idea patrimonializada de la justicia y una dudosa práctica de la psiquiatría forense. Pero ¿quién era la imputada en el macabro suceso? Nada más y nada menos que Margarita Ruiz de Lihory y Resino, marquesa de Villasante y baronesa de Alcahalí, dama alcurniada de brillante trayectoria pública durante la primera mitad del siglo: hija de un alcalde de Valencia, con calle a su nombre aún hoy en el centro noble de la ciudad, había sido elegida *Regina dels Jocs Florals* de *Lo Rat Penat* en 1907; tuvo amistad íntima con dirigentes como el dictador Primo de Rivera, Miguel Maura (el Ministro de la Gobernación del Gobierno Provisional de la IIª República) y Francisco Franco, y trató cercano con personajes tan variopintos e influyentes como Henry Ford (el magnate de la industria automovilística), John Calvin Coolidge (el trigésimo Presidente de los Estados Unidos) y Abd el-Krim (el dirigente de la resistencia rifeña contra la dominación colonial española y francesa); el Cardenal Benlloch y el Primado Reig le administraron el sacramento de la confesión, al tiempo que cultivaba amistades con las estrellas españolas que por aquel entonces triunfaban en América, como Antonio Moreno, uno de los más famosos actores de la era muda del cine, y Conchita Piquer. La suya fue, aun con antelación al episodio de las amputaciones *post mortem*, una vida de novela: protofeminista entusiasta y una de las primeras licenciadas en Derecho por una universidad española, fue abogada de la infancia y defensora de los derechos de la mujer en la II República, antes de colaborar desde la clandestinidad con la Quinta Columna barcelonesa durante la Guerra Civil, para servir finalmente como enlace del criptonazismo durante los años de posguerra. Después de dicho episodio, sobre ella se tejó una siniestra leyenda de misterio y ocultismo, coronada por un abracadabrante estrambote protagonizado por supuestos alienígenas venidos del «planeta UMMO» que convirtieron su caserón manchego en base de operaciones, lo que hizo que durante algún tiempo Alabacete se convirtiese en una exótica meca de obligada peregrinación para ufólogos y contactistas.

Con estos mimbres el psiquiatra Cándido Polo, albaceteño que vive y trabaja en Valencia, teje la historia de la vida y el delirio de Margarita Ruiz de Lihory, una valenciana que vio periclitarse los últimos destellos de su fama desde una casa solariega en Albacete, ciudad que alberga sus restos desde que, venida a menos, falleciera en 1968. Fascinado por las múltiples aristas de esta historia desde su adolescencia manchega, tras años de búsqueda, y con el preceptivo permiso para consultar la documentación que contiene el abultado Sumario 46/54 del Juzgado nº 6 (Audiencia Provincial de Madrid, Sección Tercera), Polo se propone ofrecer una exégesis rigurosa y científica —rastreado en sus antecedentes, conjeturando sus causas y analizando minuciosamente la psicología de su protagonista indiscutible— del conocido como «misterio de la mano cortada». Y es que el interés psicobiográfico de su investigación, sobrepasa con mucho al de aquellos hechos luctuosos que dieron triste fama a la Marquesa. Para el autor, el caso encierra una llamativa paradoja: allí donde los forenses no encontraron patología mental, el análisis profano de la opinión pública y la publicada resulta más certero que el criterio pericial que prevaleció, más encaminado a explicar a los jueces una conducta execrable que a indagar su patogenia. De hecho, la primera consecuencia del peritaje fue la inmediata puesta en libertad de los dos encausados —Margarita y su segundo marido, José Mª Bassols—, con lo que ambos eludieron no sólo la cárcel, sino el internamiento psiquiátrico, por no detectarse trastorno mental que lo justificase. Polo sabe, además, contextualizar lo sucedido con eficacia narrativa, deambulando por los senderos de la historia y arrojando luz sobre la decisiva influencia de la plutocracia franquista para entender la exculpación impune.

A fin de cuentas, como por entonces se argumentó en su defensa, el mismísimo Caudillo veneraba en sus aposentos el brazo incorrupto de Santa Teresa que, de tanto en tanto, era exhibido por provincias, en medio del fervor de mucha gente, como un talismán con el que proteger a España del influjo del demonio, que entonces era judío, masón y comunista. Nuestra dama, que gozaba de su amistad desde que ejerciera para él tareas de espionaje durante la guerra del Rif, no iba a ser menos, debió de pensar. La poderosa egolatría de la Marquesa estuvo necesitada de una reafirmación insaciable en la vida pública, hasta alejarse del principio de realidad, que es el rasgo característico de las psicosis. Y en este viaje sin retorno, el ama dominante arrastró a su fiel servidor en una suerte de *folie à deux*, en la que ella aportaba el núcleo delirante y él era inducido a participar ciegamente en sus quimeras, alejándose ambos como resultado de esta asimétrica retroalimentación del entorno familiar para transitar como dos funámbulos por los estrechos lindares que separan la razón de la locura. Margarita Ruiz de Lihory mantuvo su errónea convicción hasta el final de sus días, concluye el psicobiógrafo. Y es que, para decirlo con palabras de Carlos Castilla de Pino (*El delirio, un error necesario*, 1998), al que el autor rinde homenaje, «el delirio no es una mentira, sino un error» de enorme utilidad para que el sujeto pueda asirse en su lucha cotidiana contra una realidad que tozudamente se le resiste, porque «si delira, es; si no delira, no es nadie». Para el delirante, vivir en el delirio supone su única tabla de salvación, el solo medio de que dispone para preservar su autoestima y su integridad psicológica. Desde este punto de vista, que Polo comparte con Castilla, el delirio no consiste, como afirman otros autores, en un mero subproducto de procesos biológicos subyacentes sino en un síntoma revestido de pleno sentido biográfico. Y qué mejor manera de abordar una personalidad delirante como la de la Marquesa que hacerlo optando por un género, el ensayo, que, según Theodor W. Adorno (*Notas de literatura*, 1962), «se ocupa de lo que de ciego hay en sus objetos», pugnando por «descerrajar con conceptos lo que no entra en conceptos», por contener el mar en una concha, como decía Agustín de Hipona de quienes pretendían comprender el misterio de la Santísima Trinidad.

El libro de Cándido Polo, que ahora ve la luz espléndidamente editado por la Universitat de València, fue galardonado con el Premio Juan Gil-Albert de Ensayo, dentro de los XXVI premios literarios Ciutat de València y, acaso, su mejor virtud sea aproximarse a ese ideal descrito por el crítico alemán Marcel Reich-Ranicki (*Los abogados de la literatura*, 2006) cuando dice que el ensayo, a diferencia de los trabajos eruditos y demasiado conceptuales, es «esa otra forma que debería ser ingeniosa y absolutamente exigente, pero al mismo tiempo ligera y libre de rigidez y a la que está permitido el carácter fragmentario». Pues bien, ingenioso y exigente, ligero y sin envaramiento es este ensayo psicobiográfico, esta original incursión en la historia de las relaciones entre psiquiatría y justicia penal en tiempos de oscuridad (en este punto el libro arraiga en la tradición foucaultiana de *Yo, Pierre Rivière, habiendo matado a mi madre, mi hermana y mi hermano...*, 1976, y *El manuscrito encontrado en Ciempozuelos*, 1989, en que Guillermo Rendueles reconstruye la historia clínica de Aurora Rodríguez, madre de Hildegart Rodríguez), este brillante ejercicio de microhistoria también, en que el autor ejerce no sólo de psiquiatra sino de historiador social, escudriñando las ruinas, recogiendo fragmentos, clasificando jirones —eso que Freud llamaba «la escoria del mundo de los fenómenos»— y analizando *con lupa*, mediante el método de la llamada *reducción de escala*, acontecimientos y personajes del pasado que en cualquier otro tratamiento anterior de las fuentes conocidas habían sido desdeñados o pasado inadvertidos. Pues bien, ese componer mosaicos o constela-

RESEÑAS

ciones desde una mirada que ve y traduce en palabras lo que previamente escruta desde perspectivas diferentes es una de las tareas predilectas del ensayo.

Anacleto FERRER